843
M

CAPILLA ALFONSINA
U.A.N.L.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ2349
H48

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, San Hermenegildo, 32 duplicado. Teléfono 1.977.

LAS HERMANAS RONDOLI

I

No—dijo Pedro Jouvenet—, no conozco Italia; no la conozco, á pesar de haber intentado penetrar en ella dos veces; pero me hallé de tal modo entretenido en la frontera, que nunca pude pasar adelante. Sin embargo, esas dos tentativas me dieron una idea muy agradable de las costumbres de tan hermoso país. Me falta conocer las ciudades, los museos, las obras maestras que allí abundan. Probaré de nuevo, cualquier día, si consigo penetrar en ese territorio infranqueable.

—¿.....?

—Voy á explicarme para que me comprendan: En 1874 sentí deseos de visitar Venecia, Florencia, Roma y Nápoles. Esta idea me sorprendió á

mediados de Junio, cuando la savia poderosa de la primavera derrama en la sangre ardores de viaje y de amor.

Nunca tuve instintos de viajero. Cambiar de sitio me parece un trabajo inútil y fatigoso. Las noches en ferrocarril, el sueño agitado en los vagones, con jaquecas y entumecimientos, el despertar angustioso, la sensación grasienta del cutis, el polvillo que, flotando en el aire, ciega los ojos y ensucia el cabello, el indigesto perfume de carbón de piedra, las execrables comidas, entre corrientes de aire, de los restaurants, no son, á mi juicio, muy agradable comienzo para una expedición de recreo.

El tren *rápido* nos conduce á las tristezas del Hotel, del grande Hotel, siempre rebosando viajeros, que produce la impresión de una casa vacía; el cuarto desconocido, triste, la cama sospechosa. Prefiero á todo mi cama. Es el santuario de la vida; confiamos á ella nuestra carne desnuda y fatigada para que la reanime y la descanse al calor del suave plumón, entre la blancura de las sábanas.

Allí pasamos las horas más felices de la existencia, las horas de amor y las de sueño. La cama es un refugio sagrado, y debe ser respetada, venerada,

estimada como lo que hay para nosotros mejor y más dulce sobre la tierra.

No puedo alzar las ropas de una cama de hotel sin percibir una sensación desagradable. ¿Qué sucedió allí la noche antes? Algunas gentes puercas, repugnantes, durmieron tal vez sobre aquellos colchones. Y evoco todas las fisonomías odiosas y terribles que á cada paso vemos en las calles, jorobas, carnes enrojecidas, manos negras; recuerdo los hedores repugnantes de ajo y de malas digestiones; me obsesionan los lisiados, los purulentos y todas las fealdades y todas las porquerías humanas.

Todo ha pasado por aquella cama que me ofrecen para dormir. Se me revuelve el estómago cuando me deslizo entre aquella ropa.

¿Y las comidas en hotel, esas comidas largas, en mesa redonda, entre gentes antipáticas ó grotescas? ¿Y los almuerzos odiosos y solitarios, en las mesitas del restaurant? ¿Y las veladas abrumadoras? ¿Puede haber nada más triste que las primeras horas de la noche en una ciudad extranjera y desconocida? Caminamos sin rumbo entre un movimiento y una agitación sorprendentes como un ensueño; miramos los rostros que no vimos jamás, que nun-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ca volveremos á ver; oímos voces que hablan de mil cosas que no pueden interesarnos, en un idioma que apenas comprendemos. La sensación dolorosa del que se halla perdido, nos invade; el corazón se oprime, las piernas vacilan, el alma desfallece. Andamos como si huyéramos; andamos para no volver al hotel, entre cuyas paredes nos vemos aún más desorientados, y al fin caemos en una silla del café lleno de luz, cuyas molduras doradas y abundantes mecheros nos abruman aún más que la sombría penumbra de las calles. Y empuñando el bock chorretoso que apresuradamente nos presentan, nos vemos en tan abominable soledad, que sólo pensamos en irnos á otra parte, á cualquiera parte, para no permanecer allí, frente á la mesita de mármol, bajo el foco de luz resplandeciente. Y pronto comprendemos que nos hallamos en todas partes y á todas horas, en la misma soledad; pero en sitios donde haya personas conocidas, el trato familiar produce la ilusión de un contacto íntimo y humano. En esas horas de abandono, de negro aislamiento, en ciudades lejanas, meditamos largamente, claramente, profundamente. Entonces abarcamos con una sola mirada toda la vida, sin que nos desvanez-

can las esperanzas infinitas y el engaño de las costumbres adoptadas en espera de una dicha siempre soñada.

Cuando intentamos ir lejos, comprendemos que todo es reducido y vacío; buscando lo ignorado, se averigua que nada interesa mucho y todo acaba pronto; recorriendo la tierra, se ve que no es tan grande como parece ni tan variada como la imaginamos.

¡Oh! Las veladas tristes, andando al azar por calles desconocidas! ¡Cómo las recuerdo! Y me infunden terror.

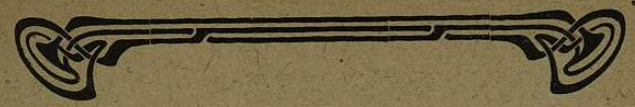
. . . . . .

Como estaba resuelto á no ir á Italia solo, me propuse viajar en compañía de mi amigo Pablo Pavilly.

Ya conocen ustedes á Pablo, para quien el mundo y la vida se reducen á una cosa: la mujer. Hay muchos hombres así. Su existencia se poetiza, se ilumina con las mujeres. El mundo sólo es tolerable porque hay mujeres en él; brilla el sol para iluminarlas y templarlas; y se respira con fruición el aire, porque ha rozado las mejillas y ha estremecido los rizos de las mujeres. La luna es agradable por-

que á su luz sueñan las enamoradas lánguidamente. Así, en todas las resoluciones de Pablo, el móvil es siempre una mujer; todos los pensamientos de mi amigo se dirigían hacia ellas, como todos sus esfuerzos y todas sus esperanzas.

Cuando hablé á Pablo del viaje á Italia se negó rotundamente á salir de París; pero en cuanto le hube contado algunas aventuras de viaje, añadiendo que las italianas eran encantadoras y que gozaríamos en Nápoles placeres refinados, gracias á una recomendación que me dieron para un señor Miguel Amoroso, cuyas relaciones son muy útiles á los viajeros, se dejó convencer.



II

Tomamos el *rápido* un jueves 26 de Junio. En ese tiempo viaja poca gente por el Mediodía. Ibamos en un vagón los dos, solos y malhumorados, arrepentidos casi de alejarnos de París y de nuestro proyecto de viaje; ya echábamos de menos la frescura deliciosa de Marly, el Sena, tan hermoso, las riberas tan agradables y las horas de dulce vagar en una barca, la somnolencia del atardecer, las noches templadas.

Pablo, metido en un rincón, dijo cuando el tren se puso en marcha: «Es una estupidez ir tan lejos.»

Pero como ya era tarde para variar de parecer, le respondí: «Haberlo dicho á tiempo.»

Calló. Al verle tan rabioso, me dieron ganas de reir. Parecía una ardilla. Todos los hombres presentan en sus facciones alguna semejanza con un tipo animal, como un recuerdo remoto de su raza primitiva. Algunos tienen cara de perro, cabeza de